

Sociología, progreso y camino civilizatorio en argentina. un recorrido sobre las ideas de cambio social en el largo plazo (1845-1960)¹

Sociologia, progresso e caminho civilizatório na Argentina: um percurso sobre as ideias de mudança social no longo prazo (1845-1960)

Sociology, progress and the civilizatory road in argentina. a journey through the ideas of long-term social change (1845-1960)

PEREYRA, Diego Ezequiel²

Resumen

A lo largo del tiempo, la sociología argentina ha configurado un proyecto intelectual que debió reconciliar la promesa mítica de un futuro promisorio del país con un programa político orientado al cambio social. En este sentido, esa disciplina se centró en la búsqueda por comprender la historia del desarrollo civilizatorio de la nación argentina. Cuando a mediados del Siglo XIX se expandió un legado cultural que afirmaba un destino manifiesto de grandeza, la sociología asumió la tarea de rastrear y orientar ese tránsito hacia la civilización, adecuando todo su arsenal teórico-cultural para cumplir ese objetivo. Sin embargo, las crisis permanentes en Argentina invitaban a la sociología local a reflexionar sobre los obstáculos de ese camino y la obligaban a identificar factores y actores sociales capaces de facilitar o bloquear esos cambios hacia un futuro incuestionado. Así, la sociología argentina construyó en el largo plazo argumentos teóricos sobre el cambio social y el papel de la sociedad nacional en la historia de la civilización occidental. De esta forma, este artículo reconstruye históricamente estas interpretaciones sobre progreso, desarrollo y modernización en diferentes etapas intelectuales, a la par de un recorrido por el proceso de institucionalización de la disciplina. Se presentan así de manera sintética e integrada un conjunto de ideas e interpretaciones sobre el futuro del país en la Generación de 1837, la sociología del Centenario y la sociología de

¹ Este texto recupera ideas de Pereyra (1999 y 2010) e integra algunas reflexiones presentadas en los guiones de diferentes clases de grado y posgrado dictadas en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede Buenos Aires, y la Universidad Católica Argentina (UCA), Buenos Aires. Una buena síntesis del debate y las hipótesis aquí plateadas puede encontrarse en Pereyra y Cardoso (2017). Sin embargo, aquí se ensayan nuevas interpretaciones, propuestas y conjeturas.

²Universidad De Buenos Aires. <https://orcid.org/0009-0003-1527-483X>. Licenciado en Sociología, Profesor en Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Sociología, Magíster en Investigación Social (Universidad de Buenos Aires) y Doctor of Philosophy [PhD] (Department of Sociology, School of Social Sciences, University of Sussex at Brighton). Investigador Independiente del CONICET, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Profesor Adjunto Interino en la UBA y Profesor Asociado Ordinario en el Departamento de Planificación y Políticas Públicas en la Universidad Nacional de Lanús. Docente de posgrado en esas mismas universidades, en la Universidad Católica Argentina y en FLACSO. Secretary of the Steering Research Committee, Board del Research Committee 08 "History of Sociology" de la International Sociological Association. depereyra@sociales.uba.ar

entreguerras. Esta revisión de autores y debates conceptuales incluye una discusión sobre la naturaleza del cambio, las tensiones resultantes, el rol de los grupos sociales en la aceleración o el freno al desarrollo, y las herramientas necesarias para superar los obstáculos. La hipótesis principal es la existencia de una línea de continuidad entre esas ideas y la teoría de la modernización latinoamericana de la década de 1960. Por lo cual, el proyecto de Gino Germani posibilitó la confluencia de demandas internacionales por repensar el cambio social en Argentina, con una tradición nativa de larga duración (en términos culturales, disciplinarios, epistemológicos), orientada a pensar ese tránsito civilizatorio, aunque con críticas e impugnaciones.

Palabras clave: Sociología, Argentina, civilización, modernización, tradiciones.

Resumo

Ao longo do tempo, a sociologia argentina configurou um projeto intelectual que buscou reconciliar a promessa mítica de um futuro promissor para o país com um programa político orientado para a mudança social. Nesse sentido, essa disciplina concentrou-se na tentativa de compreender a história do desenvolvimento civilizatório da nação argentina. Quando, em meados do século XIX, expandiu-se um legado cultural que afirmava um destino manifesto de grandeza, a sociologia assumiu a tarefa de rastrear e orientar essa trajetória rumo à civilização, adaptando todo o seu arsenal teórico-cultural para cumprir esse objetivo. No entanto, as crises permanentes na Argentina levaram a sociologia local a refletir sobre os obstáculos desse caminho e a identificar fatores e atores sociais capazes de facilitar ou bloquear essas transformações em direção a um futuro incontestável. Assim, a sociologia argentina construiu, ao longo do tempo, argumentos teóricos sobre a mudança social e o papel da sociedade nacional na história da civilização ocidental. Dessa forma, este artigo reconstrói historicamente essas interpretações sobre progresso, desenvolvimento e modernização em diferentes etapas intelectuais, ao mesmo tempo que percorre o processo de institucionalização da disciplina. Apresentam-se, de maneira sintética e integrada, um conjunto de ideias e interpretações sobre o futuro do país na Geração de 1837, na sociologia do Centenário e na sociologia do período entreguerras. Essa revisão de autores e debates conceituais inclui uma discussão sobre a natureza da mudança, as tensões resultantes, o papel dos grupos sociais na aceleração ou no bloqueio do desenvolvimento e as ferramentas necessárias para superar os obstáculos. A hipótese principal é a existência de uma linha de continuidade entre essas ideias e a teoria da modernização latino-americana da década de 1960. Assim, o projeto de Gino Germani possibilitou a convergência de demandas internacionais para repensar a mudança social na Argentina com uma tradição local de longa duração (em termos culturais, disciplinares e epistemológicos), voltada a refletir sobre essa transição civilizatória, embora com críticas e contestações.

Palavras-chaves: Sociologia, Argentina, civilização, modernização, tradições.

Abstract

Over time, Argentine sociology has developed an intellectual project that had to reconcile the mythical promise of a promising future for the country, with a political program oriented towards social change. In this sense, this discipline focused on the search to understand the history of the civilizing development of the Argentine nation. When a cultural legacy that affirmed a manifest destiny of greatness expanded in the mid-nineteenth century, sociology took on the task of tracking and guiding this transition towards civilization, adapting its entire theoretical-cultural arsenal to meet this objective. However, the permanent crises in Argentina invited local sociology to reflect on the obstacles on this path, and forced it to identify factors and social actors capable of facilitating or blocking these changes towards an unquestioned future. Thus, Argentine sociology built long-term

theoretical arguments on social change and the role of national society in the history of Western civilization. This article historically reconstructs these interpretations of progress, development and modernization in different intellectual stages, along with a tour of the institutionalization process of the discipline. A set of ideas and interpretations on the future of the country in the Generation of 1837, the sociology of the Centenary and the sociology of the interwar period are presented in a synthetic and integrated manner. This review of authors and conceptual debates includes a discussion on the nature of change, the resulting tensions, the role of social groups in accelerating or slowing development, and the tools necessary to overcome obstacles. The main hypothesis is the existence of a line of continuity between these ideas and the theory of Latin American modernization of the 1960s. Therefore, Gino Germani's project made possible the confluence of international demands to rethink social change in Argentina, with a long-standing native tradition (in cultural, disciplinary and epistemological terms), aimed at thinking about this civilizing transition, although with criticisms and challenges.

Key words: Sociology, Argentina, civilization, modernization, traditions.

1. Introducción

En América Latina, los legados de la teoría social tienen una historia propia de larga data. Sus ideas y esquemas son retomados permanentemente por el mundo sociocultural. En este trabajo se recupera la preeminencia de valores nacionales en las construcciones de la teoría social, tal como sostienen quienes pugnan por pensar a la sociología como una literatura nacional. “The question of whether there is Spanish physics, or Polish chemistry, or Danish astronomy does not make sense... we do not hesitate to speak about German music, French art, Italian architecture, Latin American literature. Art is not like science; it is rooted in particular histories, local traditions, intellectual climates; one is even tempted to say it reflects a ‘national character’” (Sztompka, 2010: 21).

Por lo cual, la teoría social latinoamericana debe ser caracterizada a partir del desafío de comprender una dinámica regional, que no es unívoca ni unificada. Es necesario situar así la historia de las ciencias sociales como parte de un proceso de construcción histórica y cultural. Este carácter regional de toda teoría social presupone la aspiración de consolidar un discurso intelectual que privilegie los problemas propios del espacio social y geográfico al que pertenece, más allá de los matices y diferencias de cada uno de los países, y al mismo tiempo sostener el reclamo para encontrar respuestas desde paradigmas originales. En este sentido, uno de los puntos centrales del debate intelectual en la región fue la idea de cambio social (Ramos, 1989; Roitman Rosenmann, 2008).

La discusión sobre la naturaleza y el sentido del cambio social se constituyó así en una de las principales agendas de investigación de la teoría social latinoamericana desde mediados del siglo XX. De esta forma, la temática del desarrollo fue una de las denominadas ‘tres D’ de las ciencias sociales en la región (junto con dependencia y democracia), lo que abrió un prolongado debate cuyas reminiscencias y legados permanecen vigentes al día de hoy (Portantiero, 2002). La noción de desarrollo implicaba una reflexión sobre el rumbo que debían tomar esos países para enfrentar las transformaciones sociales, principalmente, entre dos alternativas posibles. Una, la necesidad de iniciar un camino civilizatorio, imitando los pasos y estrategias seguidos por los países centrales; o, dos, una alternativa contraria, basada en la búsqueda de una senda de desarrollo propia. La cuestión del cambio estuvo atravesada entonces por el interrogante sobre los rasgos identitarios propios de la región.

Desde mediados del Siglo XIX, en sucesivas oleadas, debates y preguntas sobre la modernización y la identidad se alternaron en la reflexión sobre los problemas de América Latina. Estas diferentes corrientes problematizaron la tensión entre el cambio social y los rasgos singulares de la cultura en la región (Devés Valdés, 2000). El sentido modernizador se acentuó en las décadas

de 1850, 1890, 1940 y 1980; la vertiente centrada en la identidad, por su parte, lo hizo hacia 1860, 1910, 1960, y volvió a emerger desde la década de 2000. Sin embargo, esas posiciones no fueron necesariamente excluyentes entre sí. Muchos de los pensadores que han enfatizado una dimensión, no por ello han negado radicalmente la otra. Más aún, en múltiples ocasiones han tratado de conciliar ambas e, incluso, en distintas etapas, han marcado con diferente énfasis sus opciones.

Así, cada una de las tradiciones incorporó rasgos de la otra. Por lo que se desplegaban tensiones y contradicciones, pero se invitaba a pensar creativa y constructivamente los problemas. Así, varias obras del realismo social expresaban una combinación de rasgos positivistas y románticos. También la teoría de la dependencia tenía rasgos científicistas, aunque reivindicaba una mirada y un objeto de análisis singulares. A su vez, muchos de los discursos globalizadores recuperaban la necesidad de un enfoque local. Pero todo implicaba una discusión sobre el destino del cambio y los actores sociales privilegiados de esa transformación. El análisis sobre el cambio social excedió, sin embargo, la mera discusión sobre el crecimiento de las economías e incluyó un tratamiento sobre la necesidad de modernizar las estructuras sociales como un todo, requiriendo de esta forma una perspectiva sociológica específica y un examen cuidadoso de la sociedad latinoamericana (Ansaldi, 1991; Pereyra y Cardoso, 2017).

La sociología argentina no fue ajena a este proceso. A lo largo de las décadas, ha configurado un proyecto intelectual que debió reconciliar la promesa mítica de un futuro promisorio del país, con un programa político orientado al cambio social. Cuando a mediados del Siglo XIX se expandió un legado cultural que afirmaba un destino manifiesto de grandeza, la sociología asumió la tarea de rastrear y orientar ese tránsito hacia la civilización, adecuando todo su arsenal teórico-cultural para cumplir ese objetivo. En este sentido, se centró en la búsqueda por comprender la historia del desarrollo civilizatorio de la nación argentina (Pereyra, 2010).

Sin embargo, las crisis permanentes en Argentina llevaron a una periódica reflexión a sobre los obstáculos de ese camino. Por lo cual, los sociólogos y sociólogas locales se vieron compelidos a identificar factores y actores sociales que facilitaban o bloqueaban esos cambios hacia un futuro incuestionado. Así, la sociología argentina construyó en el largo plazo argumentos teóricos sobre el cambio social y el papel de la sociedad nacional en la historia de la civilización occidental. De esta forma, este artículo reconstruye históricamente estas interpretaciones sobre progreso, desarrollo y modernización en diferentes etapas intelectuales, a la par de un recorrido por el proceso de institucionalización de la disciplina.

En la primera parte, se presentan algunas líneas centrales del debate clásico sobre el desarrollo y las bases teóricas de la teoría de la modernización. En la segunda parte, se sintetizan en

forma integrada algunas ideas e interpretaciones sobre el futuro del país en la Generación de 1837. Luego, se discuten algunas ideas sobre el cambio social en la sociología argentina durante del Centenario y el período de entreguerras. Esta revisión de autores y debates conceptuales incluye una discusión sobre la naturaleza del cambio, las tensiones resultantes, el rol de los grupos sociales en la aceleración o el freno al desarrollo, y las herramientas necesarias para superar los obstáculos. En el cierre, se argumenta que la socialización universitaria de Gino Germani impregnó a sus ideas de ciertas valoraciones sobre la dinámica de la sociedad argentina y su destino civilizatorio, que ya habían sido presentadas e interpretadas por la sociología previa (Rajmanovich, 2017). Por lo cual, allí se discute la hipótesis principal del trabajo, acerca de la existencia de una línea de continuidad entre esas ideas y el debate posterior, en el marco de la teoría de la modernización latinoamericana entre las décadas de 1950 y 1960.

2. Modernización y desarrollo. Algunas precisiones conceptuales

Desde las ciencias sociales, el cambio es concebido como una sucesión de diferencias en el tiempo, donde se producen variaciones en algún aspecto y persistencias en otros. Tanto el evolucionismo como el marxismo dieron respuestas científicas diferentes a esas transformaciones, pero permanecen otras preguntas sobre la orientación del cambio, los factores intervinientes, y los actores sociales que promueven u obstaculizan el proceso. Así, cambio social, desarrollo y modernización fueron elementos complementarios de un proyecto cultural de carácter universalista pregonado por la sociología, la ciencia política y la economía en la región, para predecir un sostenido e inevitable progreso económico y político. Ello tiene un rasgo civilizatorio.

Como ha demostrado Burucúa (2024), la idea de civilización ha tenido un largo recorrido histórico. El concepto “civilización” está asociado etimológicamente a la socialización urbana, ya que únicamente en la ciudad (*polis*) sus habitantes (ciudadanos) podían (pero estaban sujetos a) disfrutar de la protección de la ley. Ello aseguraba paz, armonía y sentimiento de comunidad. Todo lo que estaba fuera del espacio amurallado de las ciudades era un territorio inseguro, forajido, ilegal, y por lo tanto peligroso y deseable de eliminación. De esta forma, la civilización resulta en una aspiración de expansión universal de una cultura civilizada, urbana y disciplinada. Se pretende así trasladar un conjunto de valores, costumbres, normas e instituciones de la ciudad al resto de los mundos sociales, con un sentido pedagógico de mejora y transformación.

Un primer eslabón es sin duda el sostenimiento del mito democrático de las ciudades-estado en el mundo helénico clásico, reinterpretado especialmente en la obra de Hippolyte Taine en el siglo XIX (Randle, 1994). Otro es el proceso de conversión de los guerreros vikingos y normandos en cortesanos, tan bien estudiado por Norbert Elias en su clásico libro *El proceso de la civilización*

(1939). A ello se suman un conjunto de movimientos religiosos, artísticos y literarios que presionaron por el refinamiento de las acciones y el disciplinamiento del cuerpo y el alma de los seres humanos. En este sentido, la domesticación de las pasiones, el dominio de técnicas de control de la naturaleza, el cultivo y el trabajo culinario, la fijación de estructuras gramaticales en los idiomas modernos, las normas sociales que regulan la poesía, el amor, el cuidado, y una clara distinción entre cultura y naturaleza, la administración de justicia y la capacidad de racionalización, en conjunto, constituyen los principales elementos civilizatorios del mundo moderno (Burucúa, 2024).

La interpretación del proceso de modernización estuvo estrechamente relacionada con la explicación del surgimiento del capitalismo. La aparición de esta nueva etapa histórica se ve como el pasaje de un tipo de organización feudal a una nueva sociedad basada en el mercado y la democracia. La idea del paso de una sociedad tradicional a una moderna se ubica en el marco explicativo sobre el sentido y el impacto de dos revoluciones que reorientaron la historia social del Siglo XIX. Primero, la francesa (de contenido político) y, segundo, la industrial (de significado económico). Esta transición se manifestó en todos los ámbitos de la vida social, en especial en los procesos de urbanización e industrialización. El crecimiento de las ciudades fue el resultado de las migraciones de gran parte de la población del campo a la ciudad. El proceso de industrialización produjo, entre otros cambios, una mayor división social del trabajo, un gran desarrollo de la tecnología empleada en la producción y un gran aumento del mercado, donde juegan la oferta y la demanda de bienes y servicios. También se modificaron las instituciones, así como los valores y los símbolos que las componen (Pereyra y Cardoso, 2017).

En este sentido, la teoría de la modernización supone a los sistemas sociales de tipo moderno como sociedades industrializadas y democráticas. Los valores predominantes de este tipo de sociedad son los valores de cambio. Se requiere así un sistema social con capacidad para cambiar y evolucionar, una estructura de clases flexible, individuos racionales con capacidad de previsión y mayor racionalidad, y un contexto social que proporcione habilidad y conocimiento para el cambio tecnológico. Por lo cual, se piensa la modernización a partir de diferentes niveles (económica, demográfica, política y cultural). Este modelo dicotómico repite así los planteos clásicos de la sociología occidental: solidaridad mecánica / solidaridad orgánica de Émile Durkheim, comunidad / sociedad de Ferdinand Tönnies, y sociedad homogénea / sociedad heterogénea de Herbert Spencer. Por lo cual, la característica principal del concepto de modernización es su origen occidental, ya que habitualmente sigue la evolución de la estructura de clases norteamericana. Retomando la tradición positivista, el pasaje a la sociedad moderna constituye un conjunto de pasos continuos a través de

los cuales se superan crecientemente los sistemas de valores, las actitudes, las formas de conducta y la estratificación social.

Por lo tanto, la noción de desarrollo fue derivada de este conjunto de perspectivas. El desarrollismo surgió a partir de la noción que supone que las sociedades atraviesan un proceso de transformación de las fuerzas productivas, por el cual un número creciente de necesidades humanas (preexistentes o creadas por el mismo cambio) se satisfacen a través de una diferenciación en el sistema productivo, generada por la introducción de innovaciones tecnológicas. Las diferentes visiones sobre el desarrollo buscaron de esta forma identificar las estructuras económicas y condiciones sociales necesarias para que los países y regiones más atrasados encuentren una senda para el crecimiento. Sin embargo, esta idea que apareció en el ambiente intelectual latinoamericano con la aureola de la novedad, heredaba los principios de la filosofía positivista, al concebir la evolución de las sociedades como el pasaje a estadios superiores en un sentido unidireccional. La noción misma de desarrollo está embebida de la propia idea de progreso que parecía descartada (Pereyra y Cardoso, 2017).

La teoría del desarrollo, o desarrollismo, se convirtió entonces rápidamente en la doctrina predominante de la década de 1960, hasta el punto de convertirse en una ideología. Se basó en una visión económica clásica que sostenía que los países avanzaban a través de fases cada vez más evolucionadas de desarrollo económico (desde la economía agraria a la economía industrial de consumo masivo). Luego de la Segunda Guerra Mundial, la CEPAL comenzó a trabajar siguiendo las pautas lineales de la teoría clásica del desarrollo. Pero esta organización adquirió, paulatinamente, una perspectiva novedosa, buscando explicar el desarrollo de la región en forma autónoma. El debate se expandió en libros y revistas. Sus publicaciones fueron un canal importante, sin duda, pero debe mencionarse entre los mayores impulsores de la discusión a la revista *Desarrollo Económico*, fundada en Buenos Aires en 1958 (Ansaldi, 1991).

Durante más de medio siglo, la CEPAL ha sido una de las principales fuentes de información y análisis sobre la realidad económica y social de América Latina y el Caribe. Suele decirse que ha sido el único centro intelectual en toda la región capaz de generar un enfoque analítico propio, el cual ha sido consistentemente preservado y perfeccionado durante toda su existencia. Se hizo muy popular la expresión “la originalidad de la copia”, acuñada por Fernando Cardoso (1977), para referirse a la ideas de la CEPAL. Más allá de ciertas limitaciones y críticas, existe un amplio consenso acerca de que las propuestas teóricas y las soluciones prácticas de la CEPAL fueron sumamente originales. Si bien esas ideas se formaron mediante la recepción de tradiciones europeas (básicamente, el positivismo, el liberalismo económico, el historicismo y el

keynesianismo), toda esas teorías fueron interpretadas, adaptadas y reformuladas. Los modelos clásicos y sus derivaciones más contemporáneas fueron utilizados con mucha flexibilidad y creatividad para explicar las nuevas situaciones nacidas en la región latinoamericana (Ansaldi, 1991)

La CEPAL orientó sus actividades a estudiar los medios para resolver los problemas de atraso productivo de la región, identificar los obstáculos del crecimiento económico, orientar el crecimiento de la producción y la productividad, promover la integración económica entre los países, coordinar la actividad de diferentes organismos técnicos especializados, y asesorar a los gobiernos para promover políticas o reformas económicas. De esta forma, la CEPAL logró desarrollar una visión que combinaba la perspectiva sociológica con el análisis de las variables económicas, recuperando el papel preponderante del Estado en la industrialización de los países, y tomando en cuenta las particularidades sociales e históricas de la región. Las ideas discutidas en la organización se condensaron en una tradición teórica o una escuela de pensamiento económico: el cepalismo. Su prestigio permitió un margen de autonomía frente a las exigencias de los países centrales, especialmente de los propios Estados Unidos, y las políticas de la Unesco; asimismo, logró que sus propuestas sean aceptadas por los gobiernos, dada la calidad técnica de sus informes (CEPAL, 1963, Ansaldi, 1991).

Durante los primeros años, todo el pensamiento de la CEPAL (1963) giró alrededor de la teoría elaborada por Raúl Prebisch: el muy reconocido “modelo centro-periferia”. Esta perspectiva buscaba superar el enfoque económico clásico de la división internacional del trabajo. Este modelo orientó así la mayor parte de los debates teóricos y metodológicos en los países del tercer mundo hasta la década del 1970, y sigue teniendo cierta preminencia en el análisis, aunque hoy las condiciones del mercado mundial hayan cambiado completamente. El término centro-periferia ha sido particularmente exitoso para referirse a las desigualdades sociales y económicas y su desigual distribución regional, hablándose en este sentido de países centrales y países periféricos, con significado similar a otras dualidades de uso habitual, como norte-sur, mundo desarrollado / subdesarrollado y primer mundo / tercer mundo.

A lo largo de las décadas de 1950 y 1960, la teoría económica y social de la CEPAL fue derivando en un análisis que sostenía que la estructura socio-económica de la periferia determina un tipo singular de industrialización, lo que repercutía en un comportamiento específico del resto de las variables económicas. Esta perspectiva sobre la economía de la región, denominada “estructuralismo económico”, se convirtió en una idea clásica dentro de la CEPAL: los problemas de los países de América Latina eran consecuencia del funcionamiento global del sistema

económico capitalista, por lo cual, para resolverlos, se requería un cambio integral de la estructura. Los estructuralistas se interesan así por el sistema económico en su conjunto, explicando la falta de desarrollo de la región por problemas estructurales (de toda la economía), y proponiendo ciertas reformas para cambiar la situación de los países latinoamericanos (Ansaldi, 1991; Pereyra y Cardoso, 2017).

Más tarde, a la dimensión estructuralista se añadió la perspectiva de la formación histórica de los países de la región, formándose un método de investigación y análisis conocido por "histórico-estructural" (o método histórico-estructuralista). Esta corriente toma conceptos del marxismo clásico, y los combina con una vocación por estudiar los problemas singulares de la evolución de la economía en América Latina, incorporando dimensiones de análisis más novedosas, como la cuestión agraria, el papel de la cultura, y las relaciones precapitalistas. Esta perspectiva estaba muy atenta al comportamiento de los agentes sociales y a la trayectoria de las instituciones en cada uno de los países, pensando en los contextos históricos particulares. Por un lado, esta perspectiva buscaba relacionar la inserción periférica de la región con los condicionamientos internos del crecimiento y el progreso técnico. Por otro lado, insistía en sostener que las teorías sobre la realidad están "históricamente determinadas".

Un grupo de economistas y sociólogos de esa comisión fueron notando que en América Latina existían circunstancias sociopolíticas que obstaculizaban el desarrollo y condicionaban la aplicación de los supuestos puramente económicos de las teorías clásicas. Por eso, comenzaron a analizar y profundizar las razones del subdesarrollo en los países de América Latina, lo que permitió llegar a conclusiones autónomas sobre las causas del desarrollo y las medidas necesarias para impulsarlo. Estas teorías tomaron en conjunto el nombre de desarrollismo, como un *corpus* teórico articulado que aspiraba a corregir los problemas estructurales de la economía, cambiando una estructura productiva atrasada (ya sea basada en el monocultivo agrícola o en la extracción de minerales), y logrando su reemplazo por un sector industrial dinámico. Los economistas más conocidos que impulsaron este debate fueron Celso Furtado, Regino Botti, Jorge Ahumada, Juan Noyola Vázquez, Aníbal Pinto y Osvaldo Sunkel.

La difusión de estas ideas fue necesaria para dar cohesión a la población e integrarla a un proyecto político a lo largo de la región. Este proyecto buscaba crear nuevas condiciones para superar el deterioro de los términos de intercambio, el atraso tecnológico, el estancamiento económico, y la brecha de la región con los países centrales. Como consecuencia de ese diagnóstico, entre 1950 y 1970, algunos gobiernos latinoamericanos impulsaron un plan para promover la industrialización y el desarrollo autónomo, logrando consolidar un modelo de

sustitución de importaciones: las economías nacionales fueron menos vulnerables a las oscilaciones del mercado mundial, evitando las consecuencias de las crisis como la de 1930, que habían tenido un fuerte impacto en la región. Los proyectos políticos desarrollistas se aplicaron en varios países latinoamericanos: Chile, México y Uruguay. Pero los más representativos y exitosos fueron los impulsados por Juscelino Kubitschek en Brasil y Arturo Frondizi en Argentina. Así, mediante el aumento de la inversión extranjera, lograron la radicación de industrias automotrices, eléctricas, químicas y de bienes de capital en ambos países, que permitieron un fuerte crecimiento económico.

Por un lado, la ansiada democratización política no pudo plasmarse luego de 1960. Por ejemplo, la Argentina atravesaba un régimen de proscripciones y golpes de estado. Brasil también inauguraba tiempos de intervención política que anunciaban una larga dictadura militar. Por otro lado, el desarrollo industrial basado en inversiones y préstamos externos terminaba siendo un obstáculo para el crecimiento económico, porque profundizaba la dependencia financiera de los países y el endeudamiento externo, acentuando el desequilibrio que se quería eliminar. De esta forma, la promesa de mayor democracia y crecimiento industrial se veía incumplida, y el desarrollismo perdía apoyo político y capacidad explicativa.

De esta manera, la teoría de la modernización fue un conjunto de ideas y supuestos sobre el cambio social que se discutió en las ciencias sociales a partir de la década de 1960. Esta visión daba sustento teórico al proyecto desarrollista, proponiendo una visión integral del desarrollo, sin caer solamente en variables económicas. La teoría fue adoptada por la CEPAL como una estrategia de cambio social para América Latina, en la cual los procesos de cambio son planificados para acelerar la transición hacia un tipo de sociedad denominado moderno. La modernización fue pensada entonces como una experiencia particular de transformación social, un cambio de las estructuras sociales que afecta todas las dimensiones de la sociedad: la economía, la política y la cultura. El concepto fue tomado originalmente de la antropología estructural, pero tuvo su mayor tratamiento en la sociología. Se refiere así a un proceso de transición de sociedades tradicionales a sociedades modernas. Sus mayores exponentes internacionales fueron Samuel Eisenstadt y David Apter, entre otros.

En síntesis, el proceso de modernización, industrialización y urbanización implicaba el tránsito de una sociedad tradicional a una moderna, manifestándose en profundos cambios en las dimensiones política, económica y social, y sería característico de las sociedades occidentales a partir del siglo XIX: proceso que debía repetirse en América Latina en la segunda posguerra. Queda claro que la modernización fue pensada en un principio como un proceso de evolución económica y política, en asociación con la emergencia y expansión del desarrollismo en toda la región

latinoamericana. No obstante, los científicos sociales de América Latina buscaron problematizar la discusión. Los mayores exponentes del debate en fueron Gino Germani (1969) y José Medina Echavarría (1964). Si antes la modernización se entendía como el pasaje de lo rural a lo urbano, hacia finales de la década de 1960, el fenómeno fue complejizado desde un enfoque más estructural, ya que el cambio social dependería de las diferentes condiciones históricas, culturales, políticas y sociales de cada sociedad.

De esta forma, con la finalización de la década del desarrollo, los investigadores comienzan a comprender las contradicciones de dicho proceso (Hoselitz, 1962). Ya no alcanzaba con combinar eficientemente los recursos naturales y humanos, sino que se requería considerar la intervención de procesos históricos más complejos. Comenzaron a considerarse entonces aspectos como la independencia externa del mercado interno, la distribución igualitaria del ingreso, la producción diversificada, y la herencia de un pasado industrial. Sin embargo, al parecer, el mayor problema era el político. De a poco, los estudios de la modernización comenzaron a concentrarse en los obstáculos al desarrollo, y a poner más énfasis en lo político que en lo económico, lo que anticiparía los estudios sobre la dependencia y la democracia, como aquellas otras “D” ya comentadas previamente.

Prontamente, la desilusión fue impregnando el discurso del desarrollo; el glorioso porvenir fue dejando paso a la nostálgica revisión de una realidad diferente a la imaginada por los gurús de la modernización. De esta forma, la idea de cambio social, en relación al proceso de modernización, se asienta en la combinación de la tradición científica y la noción de teorías de carácter universal. Esta perspectiva concibe el cambio social como una tendencia inevitable de continuidad del proceso civilizatorio, en la misma senda que siguieron los países centrales. Asimismo, hace hincapié en el rol modernizador de la tecnología, y en el papel de la eficiencia como organizadora de la vida social.

Asociada a esos valores, se concibe la necesidad de incorporar conocimientos externos, aprender de experiencias pasadas, y mantener una permanente actualización cultural y científica. Para ello, debía fomentarse una cultura cosmopolita que valorara los logros de otros países, y tuviese capacidad de imitación en desmedro de valores y saberes populares que, por lo general, son considerados como tradicionales -es decir, como un obstáculo para el cambio y la modernización-. Estos atributos prevalecieron con la difusión del realismo social a mediados del siglo XIX; con el impacto cultural del positivismo, el naturalismo y el evolucionismo a fines de ese mismo siglo; con la emergencia del desarrollismo entre 1950 y 1965; y durante el avance de las teorías de la

globalización entre 1985 y 2000. Claramente, esos rasgos situaban a esta perspectiva dentro una tendencia cercana al objetivismo, al determinismo y a la tradición científica.

En oposición a esa perspectiva, la revalorización de una identidad propia en la región constituía una mirada que recobrara el humanismo subjetivista y la acentuación de valores como justicia, igualdad y libertad. Esta segunda perspectiva está ligada a la búsqueda de una singularidad político-cultural en la región, a la vez que está centrada en la defensa de los valores culturales propios, en la inclinación hacia un discurso humanista antes que científicista, y en la revalorización de los ideales y las emociones humanas. Se buscaba así afirmar a la región como una realidad histórica y cultural concreta, como forma de reivindicar los valores americanos, latinos e indígenas, y en reclamo de independencia respecto de otras experiencias culturales. Esta posición predominó especialmente a partir del idealismo -expresado, por ejemplo, en *Nuestra América* de José Martí (1891) o el *Ariel*, de José Rodó (1900), durante los primeros años del siglo XX-; reemergió con el *boom* literario y la teoría de la dependencia a fines de la década de 1960; y reaparece en la actualidad en la nueva teoría social latinoamericana y el debate poscolonial.

3. Los primeros esbozos civilizatorios en Argentina

Se ha explicado muchas veces que el proceso que comenzó con la independencia argentina fracasó en su intento por establecer un estado nacional. La existencia de límites estructurales y la incapacidad de la *élite* para conocer la realidad social del momento son indicadas como las causas de este fallido intento (Halperin Donghi, 1982). Desde esos primeros pasos institucionales hasta mediados del siglo XIX, durante el apogeo del gobierno de Juan Manuel de Rosas, las ciencias sociales locales (los rudimentos de la sociología y la historia) sólo pudieron ofrecer observaciones sobre algunas manifestaciones esporádicas e inconexas sobre el cambio social. Este devenir de las ideas en el país cambió cuando un grupo de jóvenes, que constituyó la llamada Generación de 1837, aspiró a comprender la sociedad argentina de una manera sistemática, ofreciendo un programa para comprender las características naturales y sociales del país desde un enfoque realista (Marsal, 1963).

Ante los repetidos fracasos constitucionales y el crónico enfrentamiento político entre grupos y facciones regionales, este grupo de jóvenes literatos y poetas esbozó un plan racional destinado a construir un estado nacional, establecer una economía capitalista, y desarrollar una estructura social moderna. Sin duda, esta generación intelectual debe ser considerada entonces como la matriz ideológica principal del proceso de formación del estado argentino, y, por lo tanto, como el primer mojón en la historia de la sociología argentina. Esta idea se expresó básicamente en

diferentes *slogans* que cada uno de los integrantes de este grupo acuñó: "Educar, legislar, poblar, comerciar".

Dentro de este grupo, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento aparecen como figuras descollantes, aunque la lista también puede incluir otros nombres como el de Juan María Gutiérrez, frecuentemente olvidado. No obstante, es unánime la consideración de ubicar esos tres primeros apellidos como los antecedentes más directos del nacimiento de la sociología en Argentina, ya que su generación “comprendió cabalmente la necesidad de un conocimiento positivo, casi práctico, de la sociedad” (Germani, 1968: 387). Es así que sus obras han sido juzgadas como precursoras del análisis científico de la sociedad argentina y, de este modo, ellas son vistas como las primeras manifestaciones de la sociología en el país (Echeverría, 1837; Sarmiento, 1845; Alberdi, 1852; entre otras). Sin embargo, estos trabajos no reflejan una aprensión central por pensar a la sociología como ciencia de la sociedad, a pesar de que los tres pensadores mencionados conocieron respectivamente las ideas de Saint-Simon, Comte y Spencer. Sus obras expresaron la necesidad de un enfoque objetivo de la realidad social y de una observación sistemática de los datos sociales, pero ellas no aspiraron a la construcción de un discurso sociológico, tarea reservada a una generación posterior.

El *Dogma socialista* (Echeverría, 1837) constituye un ejemplo en este sentido, ya que presentaba una fuerte preocupación interrogativa sobre la lógica de la evolución social y las enigmáticas leyes de la realidad económica social: un conjunto de respuestas sobre el futuro del país. El texto intentaba diseñar un pacto social y político que pudiera orientar la sociedad argentina hacia un progreso moral y material. En un contexto de profundos cambios económicos y sociales en occidente, Echeverría pensaba que el país debía avanzar en un camino civilizatorio que incluía elementos materiales y culturales. Ello implicaba la construcción de ideales de ciudadanía política y el desarrollo técnico-industrial que la época demandaba (Marsal, 1963: 45-49). Esta idea de cambio social combinaba el legado republicano de la revolución francesa (igualdad, libertad, fraternidad) con el ímpetu del iluminismo racionalista, y el predominio de la ley como ordenadora de la comunidad democrática. Al mismo tiempo, el progreso implicaba la posibilidad de emancipación del individuo de dogmas morales religiosos, y su sujeción a un proyecto identitario nacional, en un proceso de fusión, fraternidad y abnegada vocación por el equilibrio social (Jitrik, 2009).

Por otra parte, Alberdi (1852) elaboró en sus *Bases* un proyecto político basado en una estructura conceptual que aspiraba asentarse en un análisis empírico de la sociedad argentina. Sus preocupaciones históricas y sociológicas permiten considerarlo un pionero necesario en este proceso. Su nombre se constituyó en una de las bases del pensamiento nacional, tanto por impulsor

del sistema institucional que rige en la actualidad, como por ser fuente de inspiración del debate político (Marsal, 1963: 49-52). Más aún hoy en día, cuando lo exaltan los líderes y militantes libertarios. En el mismo sentido que Echeverría, la obra de Alberdi no puede ser inscripta en otro contexto por fuera del proceso de construcción de la sociedad civil y la sociedad política en el país. El anhelo de Alberdi fue construir un sistema institucional capaz de solucionar los errores de la generación revolucionaria: asegurar la estabilidad política y fomentar el crecimiento económico. En palabras de Dotti (1990: 27) su objetivo fue "sanear las atropelladas democracias sudamericanas" tras "haber ingresado a la historia contemporánea de un modo traumático y antinatural".

Para Alberdi, los derechos de los hombres eran resultado de un cálculo de utilidad. En este sentido, la posibilidad de constituir la libertad política e intelectual se subordinaba a la necesidad de libertad económica. Pero este utilitarismo alberdiano tuvo un límite porque no alcanzó a expresarse en una aspiración democrática (Alberdi, 1852: 117). Sin embargo, su liberalismo utilitarista es amalgamado con el historicismo romántico a través de la idea de progreso. Este concepto aparece en su filosofía como "el fin providencial de esa ley de expansión [...], el mejoramiento indefinido de la especie humana [...], el bienestar [...], el desarrollo de la civilización cristiana y moderna" (1852: 25-26). Las ideas de Alberdi tienen así indudablemente un legado iluminista, pero se combinaban con una inclinación localista, ya que su sistema de ideas requería atender empíricamente a los rasgos particulares de la sociedad argentina. De esta manera, Alberdi aspiraba a pensar la construcción de un régimen que impulse un proceso de transformación social, siguiendo la tendencia de las leyes naturales de la civilización occidental, pero con el horizonte que a cada experiencia nacional le corresponde.

Al mismo tiempo, la obra fundamental de Sarmiento (1845), *Facundo*, constituyó un novedoso intento, dentro de la historia intelectual argentina del siglo XIX, por comprender los rasgos distintivos y constitutivos de la sociedad argentina. Si bien su autor anhelaba una síntesis entre ambas, la publicación de su obra inauguró una dicotomía entre las dos conceptualizaciones, "civilización" y "barbarie", que experimentó diferentes transformaciones que se procesaron en los diversos espacios políticos y culturales por los cuales circuló. Pero sin dudas su fórmula ha sido exitosa para comprender la dinámica de los conflictos y las tensiones de la sociedad argentina (Svampa, 2011). En un texto moderno y metódico, Sarmiento aspiró a analizar las tendencias y los obstáculos de la estructura social, y a estudiar los valores básicos sobre los cuales se fundaba la nación argentina. *Facundo* demuestra una preocupación científica y sociológica, en la cual abundan elementos de factura positivista, y que buscaba explicar los vaivenes del mundo social en el país (Marsal, 1963: 54-61).

Más allá del estilo de la obra de Sarmiento (1845), su importancia radica en la capacidad del autor por anticipar y desentrañar la transición del espacio rural al urbano. Ello constituía una de las claves sociológicas del conjunto de transformaciones que se estaba desarrollando en Europa y Estados Unidos en aquel momento. En este sentido, como muy bien nos ilustraba Forte (1999: 3), una frase casi contemporánea de Marx y Engels (1846: 55) presentaba el mismo razonamiento.

“La más importante división del trabajo físico y espiritual es la separación de la ciudad y el campo. La contradicción entre el campo y la ciudad comienza con el tránsito de la barbarie a la civilización, del régimen tribal al Estado, de la localidad a la nación, y se mantiene a lo largo de toda la historia de la civilización hasta llegar a nuestros días”.

A partir de ello, Sarmiento concibió a la civilización en tres niveles (Terán, 2007; Burucúa, 2024: 194). Primero, como parte del proceso de urbanización, en el cual la ciudad aparece como el espacio ideal del orden social y la integración normativa. Este razonamiento recuperaba una tradición política clásica, pues respondía al modelo aristotélico que presentaba a la sociedad y al Estado como resultados de una evolución gradual que parte de una sociedad pequeña -la familia-, a una de mayor tamaño -primero la *polis*, y luego, en el contexto de la modernidad, el Estado nacional-. Este recorrido iniciado por Fustel de Coulanges fue retomado por Durkheim y más tarde por el resto de la sociología occidental, que asociaba su propio desarrollo con una historia civil comparada (Pereyra, 1999: 69-70). Esta idea de la ciudad se oponía en Sarmiento al espacio del desierto, entendido como la imposibilidad de la sociabilidad, los confines de la moral y de la ley.

Segundo, en sintonía con el legado echeverriano comentado arriba, en Sarmiento la civilización expresaba la culminación de un proyecto legislativo, en la cual se fundaba un orden político y social organizado de manera republicana. En este sentido, tanto el gobierno (en tanto legislador), como la ciudadanía, debían respetar el principio virtuoso de mantener el orden normativo. Tercero, el proyecto civilizatorio implicaba una dimensión cultural, en el sentido de que la acumulación de conocimientos científicos y morales conforman los valores que dan el marco a un proyecto nacional.

Por todo esto, queda claro que los tres autores formaban parte de un proyecto racional de construcción del estado y la nación. Su particularidad es la combinación de un programa iluminista con un legado romántico. Se aspiraba a crear una nueva síntesis político-intelectual, entre el legado contractualista e iluminista previo, y las nuevas modas del romanticismo europeo (Tarcus, 2016). Sin embargo, este conjunto de obras operaba sobre nuevas tensiones. Una primera es la dicotomía entre realismo y utopismo. Otra es la presencia del pasado en el futuro anhelado, que no es otra cosa

que la existencia de mecanismos de integración en las democracias occidentales: una tensión permanente en la sociología contemporánea.

Además, este grupo de pensadores reflexionó sobre la fricción entre naturaleza y sociedad. También sobre la dicotomía entre literatura y ciencia social, sumada a la moderna distinción entre ciencia y política. Sin embargo, se quiere remarcar una importante tensión en relación al tipo de cambio social propuesto. Este programa intelectual proponía una manera de aprehender la complejidad de la realidad social argentina, ya no con el objetivo de formular leyes sociales generales, sino como una manera de comprender las peculiaridades del proceso de modernización social en el país. Por lo cual, el desafío pasaba por delinear un proyecto nacional en el marco del desarrollo civilizatorio de occidente. De esta forma, el progreso era un espejo utópico que debía ser evaluado a través del tamiz de comprensión de la excepcionalidad y la singularidad del caso argentino.

Claramente, la idea no era copiar sino adoptar. Echeverría (1837) hablaba de un ojo estrábico: un ojo afuera, otro adentro del país: “tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones; y el otro en las entrañas de nuestra sociedad”. Se evidenciaba entonces un uso de las ciencias sociales que apelaba a orientaciones universales, pero focalizadas en objetos locales. Esos rasgos nacionales, la extensión del territorio, la violencia política, el analfabetismo de las masas, el incumplimiento de los pactos, en síntesis, la ausencia de interacciones densas y la falta de cultura política, alimentaban una barbarie que constituía un obstáculo para el desarrollo argentino. Sin embargo, esa singularidad formaba parte de la fórmula civilizatoria de un proyecto racional de construcción del futuro.

4. En camino a la sociología científica: Las búsquedas civilizatorias en las clases de sociología

La crisis de 1890 constituyó un momento de redefinición de las ideas sobre la sociedad en Argentina. En ese año, la edición de dos libros sobre el tema (*Quilito* de José María Ocampo y *La bolsa* de Julián Martel) sorprendió a Ernesto Quesada (1891), quien advertía a los lectores porteños sobre la aparición de "dos novelas sociológicas". En esta reseña, se separaba la interpretación literaria de la explicación sociológica. En este sentido, su autor observaba que esas novelas explicaban el momento crítico de la sociedad argentina desde una perspectiva moral. En cambio, la nueva ciencia se basaba en un enfoque que percibía a la situación del país como una crisis de crecimiento del capitalismo local. Por lo cual, su naturaleza debía ser comprendida desde un análisis de las transformaciones de la estructura social y económica del país.

Unos años más tarde, otro texto retomaba el mismo tema (Rojo, 1892). Su autor aspiraba a explicar científicamente la crisis tras el *crack* financiero. Siguiendo las lecturas de Spencer y Comte, Carlos Rojo buscó explicar la evolución de la sociedad argentina y situar a la crisis como un paso necesario en ese proceso, ya que la sociología debía descubrir "las leyes de desarrollo social": una lenta evolución de las sociedades, movidas por la emoción o el sentimiento (1892: 63). Estas ideas reflejaban, por un lado, una incipiente preocupación en el país por explicar su realidad social desde un discurso sociológico. Por otra parte, indicaban la necesidad de la *élite* intelectual local de reflexionar sobre el desarrollo de la economía capitalista, desde un escenario aún más amplio que los términos tradicionales del liberalismo clásico. Al mismo tiempo, se planteaba un rechazo al cambio social basado en las premisas individualistas.

Una parte importante de ese debate se desarrolló entre 1890 y 1920. En ese período, se abrieron las primeras cátedras universitarias de sociología en Argentina. Su creación fue importante para consolidar un proceso de racionalización de la realidad social. Simultáneamente, ellas contribuyeron a reinterpretar el programa de construcción estatal y nacional en marcha. Por lo cual, los diferentes docentes de la materia (Antonio Dellepiane, Juan Agustín García, Ernesto Quesada, entre otros) se apropiaron de ciertos modelos teóricos de la disciplina, y comunicaron discursos sociológicos para explicar el proceso de modernización de Argentina, aspirando a una reforma científica, racional y ordenada de la sociedad (Pereyra, 1999).

La labor intelectual de este grupo se nutrió principalmente de tres fuentes diferenciadas. Por un lado, el legado programático de la Generación del '37, y la vocación del realismo social por estudiar la realidad social argentina, centrando el análisis en el problema de la construcción del estado y la nación. Por otro lado, se observa un fuerte influjo de la tradición sociográfica, iniciada por Frédéric Le Play. Por último, es innegable la herencia del positivismo sociológico, contrario al idealismo filosófico y al mecanicismo biologicista. Este positivismo buscaba adaptar el modelo de las ciencias naturales a las ciencias sociales y morales, pero aspirando a superar el monismo naturalista para integrarlo con la crítica social. Sobre esta base, se creía que la sociología constituía una estrategia modernizadora frente a las transformaciones de la sociedad argentina. (Pereyra, 2008).

El primer curso de sociología en la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires (UBA) se dictó en 1899. Su primer profesor fue Antonio Dellepiane (1861-1939). Frecuentemente cuestionado como espiritualista y antipositivista, su obra demuestra, contrariamente, una clara comprensión sociológica de la realidad social. Si bien se refugió en las perspectivas de orden psíquico, no renunció a la posibilidad de explicación de los hechos sociales a

través de la estadística y la historia. Aunque liberal en lo político, fue muy crítico tanto de las visiones biologicistas como organicistas que expresaban las lecturas de Spencer. Además, se oponía lógicamente al marxismo, ya que el determinismo económico no podía abarcar suficientemente la totalidad de los fenómenos sociales (Pereyra, 1999: 46).

Lo que interesa aquí es un interesante seminario que Dellepiane (1912) dictó en la Sorbona, en París. Sus ideas y su vinculación con el Instituto Internacional de Sociología lo acercaron a Europa, y en 1911 posibilitaron esta intervención docente sobre la idea de progreso. En esta disertación ubicó al progreso como un proceso dinámico de ascenso en los niveles de la civilización. Describió primero al progreso biológico como un fenómeno de evolución y adaptación. El progreso económico y científico constituiría en su argumento el logro de la satisfacción de las necesidades humanas, y la previsión en la utilización de los recursos naturales. El progreso artístico y religioso implicaría la posibilidad de libre interpretación de los dogmas, y un sendero hacia la perfección moral.

Esta visión del progreso llevó a Dellepiane (1912: 23-25) a construir un índice de progreso, que no es otra cosa que una descripción de una serie de indicadores de desarrollo humano, social y nacional. Entre ellos, señalaba algunos que no son ajenos al debate metodológico contemporáneo: la mejora y la generalización del bienestar material; el desarrollo del espíritu de empresa; el aumento de la productividad; la elevación de las tasas de nupcialidad y natalidad y la disminución de la mortalidad; la estabilidad de los sistemas políticos; un aumento de la participación política de los ciudadanos; la generación de responsabilidades y derechos públicos; la tolerancia religiosa; un aumento en los niveles de instrucción que se traduzca en una disminución de las tasas de analfabetismo; la generalización de la curiosidad científica; la desaparición del clientelismo político; y el desarrollo de prácticas democráticas.

Otro de los principales intelectuales del período fue Juan Agustín García (1862-1923), quien dictó clases de sociología en Buenos Aires y La Plata. Formó parte del grupo de intelectuales argentinos nacidos después de la Batalla de Caseros, que la historiografía definió como la Generación del '80. Fue testigo de la transformación social que experimentó Buenos Aires en los últimos años del Siglo XIX, y sus preocupaciones no escaparon al problema primordial del argentino tironeado entre su pasado criollo y la irrupción de la modernidad. La ruptura respetuosa con la herencia intelectual de la Generación del '37 y sus ideas ya comentadas, sumada a su preocupación por investigar la realidad social argentina, terminaron por orientar su mirada. El estudio del derecho y su contacto con las ideas de Comte, Durkheim y Gabriel Tarde moldearon en él un pensamiento que desembocó en la sociología. Por todo ello, su nombre no es desconocido en

el ámbito intelectual local; sus ideas han recibido elogiosos comentarios tanto de sus contemporáneos como de historiadores posteriores, y encontrar sus libros no es una tarea tan dificultosa. Sin embargo, la producción intelectual de García no ha tenido un impacto relevante en el desarrollo de la sociología, la historia o la psicología social posteriores en el país (Pereyra, 1999; Devoto, 2006).

Su obra más importante fue *La ciudad indiana* (1900). Tanto por su método histórico y análisis documental como por sus interpretaciones teóricas, este libro constituyó un valioso aporte al conocimiento sociológico en Argentina, especialmente por su contribución al conocimiento empírico de la estructura social en Buenos Aires. Allí se realizó un interesante análisis sobre la relación entre el trabajo y la propiedad, tanto desde un punto de vista de la producción, como desde la base teórica de un análisis de las clases sociales. Su argumento se construyó a partir de la descripción de una sociedad dual resultante de la estructura económica y social. Este esquema social impedía el surgimiento de una clase media, que, según su argumento, constituía un importante factor de modernización social, desarrollo económico y evolución política hacia la democracia (García, 1900: 323-324). El análisis económico apuntó además a remarcar la existencia de un sector comercial cuya actividad no creaba valor alguno al sistema de la economía colonial, y una tendencia al latifundio y a la concentración de la propiedad de la tierra:

"Ahora, como antes, la tierra está en poder de unos pocos, dueños de la casi totalidad del área disponible, de la mejor y de más fácil cultivo [...], un serio obstáculo para la expansión y progreso futuro del país" (García, 1900: 474).

Un tema que aparece con fuerza en el libro, y que García desarrollará en sus clases, es un análisis de la nacionalidad, en tanto un difícil proceso de construcción identitaria a partir de un conjunto de sentimientos colectivos fragmentarios y regionales. Los particularismos territoriales, la falta de comunicaciones entre las ciudades, y la ausencia de un mercado interno integrado en una economía mercantilista, contribuyeron para que la nacionalidad argentina se expresara alrededor del apego a la "patria-ciudad". En el contexto político del virreinato, esto significaba la existencia de "provincias-ciudades", cuyos localismos, sumados entre sí, conformarían la nación argentina en un largo y arduo proceso.

No obstante, en el marco de la construcción del estado y la nación, resultaba lógico que la inmigración apareciera como un desafío intelectual dentro del debate político-cultural. En este sentido, surgieron veces que reclamaban intervenciones políticas ante el "avance extranjero" que "atentaba" contra los valores nacionales y la paz social. Sin embargo, los profesores de sociología

tuvieron una clara percepción del fenómeno inmigratorio como un factor modernizador de la sociedad argentina. No obstante, se reconocían una serie de tensiones sociales. Los datos del censo de 1895 señalaban una fuerte transformación de la sociedad. Rodolfo Rivarola advertía entonces la tensión entre la modernización social y la incapacidad de la política local para integrar esta masa de inmigrantes. Se preguntaba entonces (1908: 460) cómo podría "subsistir políticamente una sociedad con desequilibrio semejante [...] sin tener [los inmigrantes] participación alguna en la dirección política del mismo país".

En el mismo sentido, García creía que la llegada de los inmigrantes generaría una transformación de las "fuerzas sociales argentinas". Estaba convencido de que la inmigración estaba cambiando las bases sociales del poder en el país. Sería la culminación del proceso de modernización política, ya que el progreso material y la estabilidad de las instituciones políticas eran el único camino seguro hacia la democracia. En sus palabras, según informaba uno de sus estudiantes:

"a medida que la inmigración fue abriéndose camino entre nosotros, los sentimientos individuales, ese orgullo que habíamos heredado de los españoles, fue atenuándose y ha ido abriéndose paso a un sentimiento de solidaridad" (García, citado en Pereyra, 1999: 152).

Al mismo tiempo, la tesis doctoral de Horacio Rivarola (1910) afirmaba en aquellos años que la transformación de la estructura de la sociedad argentina llevaría a un cambio político inevitable (Pereyra, 1999: 135). Quien sería posteriormente profesor suplente de sociología, en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, analizó la evolución de la estructura social local desde 1853. De esta manera, el examen de las cifras censales, sin duda una herencia intelectual de su padre Rodolfo, le permitió comprender al joven Horacio los grandes cambios que se estaban produciendo en la sociedad argentina. Combinando herramientas de la sociología, la historia y la geografía económica buscó explicar el desarrollo económico y social del país. En sus palabras:

"las estadísticas, las cifras, los datos geográficos, históricos, sociológicos, antropológicos, la psicología social, la educación, las costumbres, las instituciones políticas, leyes, constituciones, todo es necesario para seguir la trama del desenvolvimiento de un pueblo" (Rivarola, H, 1910: 225-226).

Desde una lectura materialista, Rivarola hijo afirmaba (1910: 22) que "todas las transformaciones de la estructura de la sociedad [...] condicionan las relaciones de las clases sociales y las varias manifestaciones de la vida social". Creía entonces que ese crecimiento,

"transformación material evidente" (1910: 227), conduciría a una serie de cambios institucionales. Por lo tanto, era necesario garantizar el orden de esa evolución política, ampliando la participación ciudadana y el voto de los extranjeros.

Esta misma tensión entre cambio estructural y cambio institucional es la que marcaba el conjunto de preocupaciones intelectuales del primer titular de la cátedra de sociología de la FFyL a partir de 1905: el ya nombrado Quesada (1858-1934). Sin duda, él fue uno de los más importantes sociólogos de su generación. Su prolífica obra expresó todas las obsesiones y contradicciones de un largo recorrido biográfico, que incluyó viajes y diversas experiencias institucionales y sociales. Todas sus clases de sociología estaban concentradas en la convicción de que la disciplina que enseñaba debía ser apropiada y utilizada para comprender el proceso de modernización de la sociedad argentina, expresada en la urbanización, el crecimiento económico y la inmigración. Sus textos aspiraban a enriquecer el debate sobre los cambios sociales y políticos observados en Argentina durante la primera década del Siglo XX. Pero, al mismo tiempo, querían confrontar simultáneamente con las visiones socialistas y liberales sobre la historia argentina, la identidad nacional y la dinámica de la estructura socioeconómica en el país (Marsal, 1963; Terán, 2000; Pereyra, 2008; Buchbinder, 2012).

Entre la vastedad de problemas analizados por Quesada, había un tema que lo obsesionaba especialmente: la construcción de un orden social, sin conflicto, y con progreso material. Esta preocupación se expresaba en la posibilidad de fusionar en un mismo espacio social un conjunto de elementos tan disímiles y complejos como la disciplina, la organización, la solidaridad, el pluralismo y el bienestar. Una gran parte de sus esfuerzos intelectuales se orientó a encontrar una demostración empírica, ya sea histórica o contemporánea, de ese modelo social. Sus trabajos sobre la democracia en Estados Unidos y Australia, las misiones jesuíticas, las civilizaciones precolombinas, o el propio proceso de urbanización en Buenos Aires, tenían todas ese sentido. Le atormentaba entrever que su país no pudiera recorrer aquel rumbo; por ello, su sociología era parte de un proyecto por impulsar una reforma política y social de la sociedad argentina y, de esta forma, lograr el establecimiento de una sociedad orgánica, ordenada y pacífica (Pereyra, 2008).

Para dar cuenta de sus ideas sobre la modernización social, cabe apelar a su trabajo *La evolución social argentina*. La obra surgió como respuesta al pedido de Leo Rowe, quien en ese momento presidía la *American Academy of Political and Social Science*. Rowe le solicitó a Quesada un estudio monográfico sobre Argentina. Raudamente, el profesor argentino escribió un texto en el cual examinaba el proceso de modernización argentina, advirtiendo sobre la necesidad de estudiar estos cambios sociales desde una perspectiva sociológica (Quesada, 1911). Luego de narrar la

historia del país desde sus orígenes coloniales hasta el presente, Quesada describió el proceso de urbanización, el crecimiento económico y el fenómeno inmigratorio como elementos centrales de la modernización argentina. Se puede observar así cierta relación entre estas ideas de progreso y evolución social y la teoría del desarrollismo posterior (Barbé, Olivieri, 1992).

El texto de Quesada buscó enriquecer el debate sobre los cambios sociales y políticos observados en Argentina en el cambio de centuria. Su objetivo era describir analíticamente una evolución del orden social, tomando como objeto de estudio la sociedad argentina en su conjunto. El texto puede ser interpretado, de alguna manera, como una explicación estructural del cambio social. En su lógica, la evolución social argentina seguía un movimiento global y orientado, un progreso en un sentido no metafísico. De este modo, Quesada aspiraba a confrontar tanto con la visión que insertaba esta evolución social dentro de un esquema de lucha ontogenética entre nacionalidades y razas, como con una interpretación económica de la nacionalidad y la historia argentina. En sus palabras:

"el actual momento de la evolución argentina es de un interés sociológico inmenso, porque permite asistir a la transmutación visible de una sociabilidad [...] absorbida por la amalgama de sus diversos factores concurrentes [...]. El estudioso contempla esta [...] transformación permitiéndole abarcar las diversas fases del problema sociológico que se plantea" (Quesada, 1911: 26-27).

No hay muchas evidencias sobre las interpretaciones locales de este texto. Pero sus lecturas norteamericanas reconocían la presencia de un proyecto de consolidación del sistema democrático. En este sentido, el proyecto sociológico de Quesada era parte de un proceso de construcción de ciudadanía. Sobre la base de su argumento, la expansión del voto y la participación popular en el gobierno eran metas modernas a las cuales la sociedad argentina debería aspirar. Sin embargo, la conciliación de esta ilusión liberal reformista y la perspectiva de las ciencias sociales de matriz holística, sólo era posible en la medida que, como habían hecho sus críticos estadounidenses, se reconociera que en las ideas de Quesada no había antítesis entre individuo y sociedad (Pereyra, 2008).

Este recorrido analítico sobre las diversas ideas acerca de la modernización argentina finaliza en un breve acercamiento a *Una nueva Argentina* de Alejandro Bunge (1940). Esta obra representó el primer análisis orgánico de la estructura social en Argentina, a partir de un detallado estudio global de la población y sus tendencias demográficas, lo que supone ubicarlo como antecedente legítimo de los estudios económicos, demográficos y sociológicos posteriores (De Imaz, 1974; González Bollo, 2012). Lo que en este libro significaba un signo de decadencia fue interpretado luego como un factor de modernización. El análisis de estas tendencias demográficas

(el decrecimiento de la tasa de natalidad, el envejecimiento de la población, y la expansión del número de familias con menos hijos), así como las interpretaciones del fenómeno, resultaron un punto clave en el desarrollo de la sociología en Argentina (Giorgi, et al, 2010).

A lo largo del texto, Bunge sostenía que la combinación de un crecimiento vegetativo moderado y una caída en las tasas de inmigración podrían generar una brecha en el mercado de trabajo, ya que la oferta de mano de obra se vería amenazada, en un contexto de lenta recuperación económica. De esta forma, la regresión demográfica era un obstáculo para la modernización. En este sentido, rememorando la metáfora del desierto argentino, la tendencia a una baja natalidad y el despoblamiento de las zonas rurales constituían un peligro social. Ello era un problema pues frenaba, además, el ímpetu solidario del pueblo argentino, al erosionar sus rasgos nacionales (Giorgi, et al, 2010: XXV). Sin embargo, desde la perspectiva de la emergente sociología empírica, esta visión fue reinterpretada.

Por ejemplo, Gino Germani (1955: 148-149) reconoció más tarde que esta tendencia demográfica mostraba la modernización de la estructura social, en términos de secularización, pero también en la revalorización de los espacios urbanos como centros de la civilización. Germani argumentaba, en todo caso, que las diferentes tasas vitales, especialmente la evolución de la natalidad, y la comparación y el tamaño de las familias, presentaban rasgos regionales diferenciales, y eran distintos en las clases populares y medias y en los sectores tradicionales de la *élite*. Por lo cual, a partir de los datos presentados en *Una nueva Argentina*, comenzará una puja por la interpretación del fenómeno demográfico, que dará origen a un sistema hegemónico de clasificación de las clases sociales en Argentina. Este esquema estaba basado en la presunción de que las clases nativas tienen un patrón de organización y planificación familiar, lo que supone asignarles pautas de racionalidad y acción diferentes.

6. Algunas reflexiones finales

En primer lugar, este artículo presentó sintéticamente un conjunto de ideas de la Generación de 1837, en las que se ofrecían algunas interpretaciones sobre el futuro posible y deseable del país. En segundo lugar, se discutieron formas y enfoques aplicados por los profesores de sociología para situar a la realidad social argentina como su objeto principal de análisis. Las nuevas interpretaciones sobre su accionar intelectual han demostrado una gran capacidad de comprensión del fenómeno de la modernidad. Sus trabajos y clases se orientaron a pensar la relación entre cambio estructural y cambio político. Por un lado, en Durkheim descubrieron la posibilidad de encontrar una respuesta al problema de la integración y la regulación social. Por otro, las obras marxistas les permitieron reflexionar sobre la tensión entre cambio estructural y cambio político.

En este sentido, la sociología argentina se pensó a sí misma como una disciplina empírica capacitada para dar respuestas científicas a los problemas que afectaban la incipiente transformación capitalista de Argentina en el cambio de siglo. Se consideraba entonces como un campo disciplinario que se reconocía como heredero de la crisis intelectual y social de la revolución industrial. Por lo cual, se instalaba en el país para resolver con eficacia la preocupación por el orden, y aspiraba a comprender el fenómeno de la inmigración y la aparición de nuevos sectores sociales en la sociedad argentina.

Esta revisión de autores y debates conceptuales mostraron diferentes interpretaciones sobre la naturaleza del cambio, las tensiones resultantes, el rol de los grupos sociales en la aceleración o el freno al desarrollo, y las herramientas necesarias para superar los obstáculos. Por un lado, la descripción de la Generación del '37 sobre el destino civilizatorio no era lineal, sino que presentaba tensiones y complicaciones teóricas. Por lo cual, sus exponentes no descartaban la incorporación de las singularidades culturales y nacionales en el proceso. Sin duda, el ideal orientador de las reflexiones estaba afuera, en Europa; pero las características internas (geográficas o culturales) no eran definitivamente un freno, ya que había que reconocer su participación y configuración necesaria en la cultura y la identidad nacional. Sin estos elementos, el progreso se tornaría dificultoso.

Por otro lado, los profesores de sociología sostenían la combinación del proceso de urbanización y el factor inmigratorio como el factor principal de la modernización. No obstante, este proceso encontraba su límite estructural en la cerrazón del sistema político, que imposibilitaba la consolidación de una comunidad política basada en el sufragio libre y la ciudadanía responsable. La decisión de la *élite* por abrir el sistema con la Ley Sáenz Peña en 1912 puede interpretarse como una búsqueda de escapar a esta tensión sociológica; pero resultó incompleta, al dejar afuera a buena parte de la población inmigrante. Esa explicación replicaba, por un lado, la creencia civilizatoria sobre la habilidad virtuosa de los inmigrantes. Pero por otro, en términos lógicos, anticipaba el razonamiento de las dinámicas asincrónicas de la sociedad argentina. No obstante, el beneplácito por la inmigración no suponía el reemplazo de una población inferior.

Por el contrario, los inmigrantes recién llegados debían amoldarse a la cultura nacional, en un nuevo crisol en formación. Este fenómeno se daría así porque la sociabilidad argentina ya estaba preconfigurada por un sentimiento de nacionalidad construido previamente, tanto por la historia virreinal como por el proceso de independencia. Esta perspectiva se oponía al cuestionamiento al mestizaje, planteado por ejemplo por Carlos Bunge. Pero además, se diferenciaba de posturas que

legitimaban la política imperialista europea en un contexto de enfrentamiento internacional. Es importante destacar también que este razonamiento expresaba una perspectiva de rechazo a las conceptualizaciones de las razas como aspectos biológicos, y la recepción de miradas que en cambio privilegiaban aspectos políticos y culturales. Se reconocía entonces a la modernidad como un escenario de nuevas sociedades y estados nacionales emergentes. A ello se puede agregar la visión de Alejandro Bunge, que consideraba que el cambio demográfico era un freno al desarrollo local, mientras que la cultura nacional era su motor.

De esta forma, se puede argumentar que las preocupaciones de este grupo de intelectuales por las nociones de cambio y orden social remitían a la base epistemológica de la sociología emergente. Su análisis de la evolución social, especialmente el trabajo de Quesada, puede compararse con los estudios sobre el desarrollo nacional, más recientes en la historia de la sociología argentina. Existe así una línea de continuidad entre esas ideas y el debate posterior de la teoría de la modernización latinoamericana. Sin agotar la exhaustividad del argumento, se puede indicar que el modelo teórico germaniano es heredero de tradiciones y discusiones previas. El paso de Germani por el Instituto de Sociología de Buenos Aires, entre 1939 y 1946, lo nutrió de una serie de lecturas de Echeverría, Alberdi y Sarmiento (que por cierto eran un consumo literario habitual de la juventud reformista de la izquierda liberal porteña). Allí Germani descubrió un conjunto de ideales civilizatorios que no diferían de la perspectiva teórica antifascista que él mismo traía de Italia. Además, ciertas discusiones sobre la obra de Quesada y García, que el Instituto promovía, no serían ajenas a sus búsquedas por descifrar el enigma argentino. Sin duda, esa era la misma agenda de la Generación del '37 y de la sociología argentina entre 1900 y 1920.

Sin duda, entonces, la sociología del Centenario y la sociología científica compartían presupuestos ontológicos. Tanto Quesada como Germani impulsaban proyectos sociológicos basados en el realismo, es decir que apoyaban el presupuesto teórico de la preminencia de lo social. Creían por lo tanto que los hechos sociales tenían una existencia real objetiva exterior a los individuos. No debe olvidarse tampoco la frecuente asociación de las ideas de Sarmiento y Echeverría con el realismo social. Por otra parte, el compromiso epistemológico de ambos programas intelectuales con el positivismo parece innegable. Aunque hay una crucial diferencia. La perspectiva sociológica de principios de siglo aspiraba a alejarse del biologicismo; mientras que el proyecto germaniano se basaba en un neopositivismo dispuesto a separarse del idealismo filosófico, cuestionado por su irracionalismo. Dos enemigos diferentes, teniendo en cuenta las diferentes etapas de la filosofía contemporánea.

A su vez, sus posiciones eran ambas deterministas pues sostenían que las acciones sociales están orientadas por las estructuras sociales. Sin embargo, ninguno podía caer en un “estructuralismo” radical, pues sus reminiscencias liberales no les permitían ahogar la voz creadora de los individuos. Ello complicaría su propio discurso por consolidar un régimen democrático de participación ciudadana. Pero eso también es parte de la tensión política que acompaña a la sociología desde su origen. Finalmente, tanto el programa de las primeras cátedras de sociología en el país, como la sociología germaniana, coincidían en orientar sus interpretaciones por una metodología nomotética, ya que buscaban identificar y explicar las leyes generales que guiaban los fenómenos sociales, aunque las diferencias locales no serían descartadas.

Más allá de estas similitudes sobre la concepción de la realidad y las formas de acceder al conocimiento y la naturaleza de la acción social, algunas dimensiones teóricas son clave para entender la relación entre los presupuestos teóricos de Germani, que darían sustento a la teoría de la modernización, y los legados de la Generación del '37 y del Centenario argentino. Por un lado, Germani se apropió tempranamente del ideal civilizatorio (quizás sarmientino sea un buen sinónimo) que el liberalismo argentino expelía en todos los ámbitos sociales. Por otro, su sociología incorporó dos objetos de investigación que fueron centrales en la sociología del Centenario: la ciudad y la inmigración. Ambos fenómenos se convirtieron en el centro del proyecto de indagación empírica de la sociología de posguerra. La formulación definitiva sobre la teoría del crisol social, el impacto inmigratorio, y el rol de la urbanización de Buenos Aires, fueron una parte fundamental del proyecto de renovación de la sociología dentro de la UBA, a fines de la década de 1950 y principios del decenio siguiente.

Tanto el proceso de urbanización como la inmigración se convirtieron en el basamento de toda la evidencia construida sobre la incuestionable modernización de la sociedad argentina. Sin embargo, esta mirada se limitó a observar solamente la dinámica del área metropolitana de Buenos Aires. Por lo cual, se puede afirmar que el proyecto de Germani posibilitó la confluencia de demandas internacionales por repensar el cambio social en Argentina, con una tradición nativa (en términos culturales, disciplinarios, epistemológicos) de larga duración, orientada a pensar ese tránsito civilizatorio, aunque con críticas e impugnaciones. Queda por resolver la tardía incorporación, por parte de Germani, de las dimensiones vinculadas a la cultura nacional. Ello ayudaría a repensar la permanente tensión entre la búsqueda de interpretaciones sociológicas de alcance universal, y su aplicación a objetos nacionales que presentan singularidades y valores. Lo cual siempre es necesario recuperar para comprender la modernización de las sociedades latinoamericanas.

Referências

- Alberdi, Juan Bautista (1852) *Bases, Versión ampliada y corregida del original*, Castelví, Santa Fe, 1963.
- Ansaldi, Waldo (1991), *La búsqueda de América Latina*, Instituto de Investigaciones, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Barbé, Carlos y Mabel Olivieri (1992) "Sociologia, storia sociale e scienza politica in argentina sino alla crisi del positivismo", F. Barbano, et al, (Comps) *Sociologia, storia, positivismo, Messico, Brasile, Argentina e l' Italia*, Franco Angeli, Milano: 237-473.
- Buchbinder, Pablo (2012) *Los Quesada*, Edhasa, Buenos Aires.
- Bunge, Alejandro (1940) *Una nueva Argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1984.
- Burucúa, José Emilio (2024) *Civilización. Historia de un concepto*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Cardoso, Fernando (1977), "La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea del desarrollo", *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, segundo semestre: 7-40.
- CEPAL (1963). *El Desarrollo Social de América Latina en la Postguerra*, Solar- Hachette, Buenos Aires.
- De Imaz, José Luis (1974) "Alejandro E. Bunge, economista y sociólogo (1880-1943)", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, 14, 55: 545-567.
- Dellepiane, Antonio (1912) *Le progres y sa formule. La lutte pour le progres*, Geard y Briere, París.
- Deves Valdés, Eduardo (2000), *Del Ariel de Rodó a la CEPAL*, Biblos, Buenos Aires.
- Devoto, Fernando (2006) "Estudio preliminar", *Juan Agustín García, La ciudad indiana, sobre nuestra incultura y otros ensayos*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal: 9-48.
- Dotti, Jorge (1990) *Las vetas del texto*, Puntosur. Buenos Aires.
- Echeverría, Esteban (1837) *El dogma socialista*, UNLP, La Plata, 1940.
- Elias, Norbert (1939) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Forte, Miguel Ángel (1999) "Sombra positiva de Facundo", *El Ojo Furioso*, Buenos Aires, VII, 7.
- García, Juan Agustín (1900) "La ciudad indiana", *Obras Completas*, Antonio Zamora, Buenos Aires, I: 283-475.
- Germani, Gino (1955) *La estructura social de la Argentina*, Solar, Buenos Aires, 1987.
- Germani, Gino, (1968) "La sociología en Argentina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, Buenos Aires, 3: 385-419.
- Germani, Gino (1969). *Sociología de la modernización*, Paidós, Buenos Aires.
- Giorgi, Guido, Hernán González Bollo, Diego Pereyra (2010) "Estudio Preliminar", *Alejandro Bunge, Una nueva Argentina [1940]*, Docencia, Buenos Aires, 2010: VII- XXVIII.
- González Bollo Hernán (2012), *La teodicea estadística de Alejandro E. Bunge (1880-1943)*, Imago Mundi, Buenos Aires.
- Halperin Donghi, Tulio (1982) *Una Nación para el Desierto Argentino*, Prometeo, Buenos Aires, 2005.

- Hoselitz, Bert (1962) *Los aspectos sociológicos del desarrollo económico*, Hispano- Europea, Barcelona.
- Jitrik, Noé (2009) *Dogma socialista de la Asociación de Mayo*, Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Marsal, Juan Francisco (1963) *La sociología en la Argentina*, Fabril, Buenos Aires.
- Martí, José (1891), "Nuestra América", *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 6: 15-23.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1846), *La ideología alemana*, Pueblos Unidos, Montevideo, 1971.
- Medina Echavarría, José (1964). *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo en América Latina*, Solar-Hachette, Buenos Aires.
- Pereyra, Diego (1999) *La enseñanza de sociología en la UBA (1898-1921)*, Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Pereyra, Diego (2008) "Sociología e investigación social en la obra de Ernesto Quesada". *Políticas de la Memoria. Anuario de Investigación*, CEDINCI, Buenos Aires, 8-9, 192- 202.
- Pereyra, Diego (2010) "Dilemmas, challenges and uncertain boundaries of Argentinean Sociology", Sujata Patel, (ed) *International Handbook of Diverse Sociological Traditions*, Sage, London: 212-222.
- Pereyra, Diego y Noelia Cardoso (2017) *Teoría social latinoamericana*, Universidad Virtual de Quilmes, Bernal.
- Quesada, Ernesto (1891) *Dos novelas sociológicas*, Peuser, Buenos Aires, 1892.
- Quesada, Ernesto (1911) *La evolución social argentina*, Hall, Buenos Aires.
- Rajmanovich, Jacqueline (2017), *Gestión y Legado del Instituto de Sociología. Un estudio de caso histórico sobre la gestión para el cambio institucional dentro de la UBA (FFyL, 1940-1947)*, Tesis de Maestría en Gestión Educativa, UNSam.
- Portantiero, Juan Carlos (2002) "Exposición", VVAA, *Crisis de las ciencias sociales de la Argentina en crisis*, Prometeo, Buenos Aires: 17-26.
- Ramos, Julio (1989), *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Callejón, Santiago.
- Rivarola, Horacio (1910) *Las transformaciones de la sociedad argentina y sus consecuencias institucionales*, Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Moen, Buenos Aires.
- Rivarola, Rodolfo (1908) *Del régimen federativo al unitario. Estudio sobre la organización política de la Argentina*, Peuser, Buenos Aires.
- Rodó, José Enrique (1900), *Ariel*. Espasa-Calpe, México, 1961.
- Roitman Rosenmann, Marcos (2008), *Pensar América Latina. El Desarrollo de la sociología latinoamericana*, CLACSO, Buenos Aires.
- Rojo, Carlos (1892) *El noventa*, Coni, Buenos Aires.
- Randle, Patricio (1994) "Ciudad y polis: mitos modernos y realidad histórica, XIII Simposio Nacional de Estudios Clásicos, La Plata.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1845) *Facundo*, Tor, Buenos Aires, Sin fecha.
- Svampa, Maristella (2011) *El dilema argentino. Civilización o barbarie*, Taurus, Buenos Aires.

Sztompka, Piotr (2010), “One Sociology or Many?” Sujata Patel, (ed) *International Handbook of Diverse Sociological Traditions*, Sage, London: 21-28.

Tarcus, Horacio (2016), *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837-1852)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Terán, Oscar (2000) *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880- 1910)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Terán, Oscar (2007) *Para leer el Facundo. Civilización y barbarie: cultura de fricción*, Capital Cultural, Buenos Aires.

Declaração de Direito Autoral

A revista se reserva o direito de efetuar, nos originais, alterações de ordem normativa, ortográfica e gramatical, com o intuito de manter o padrão culto da língua, respeitando, porém, o estilo dos autores. As opiniões emitidas pelos autores são de sua exclusiva responsabilidade dos autores. Os direitos autorais para artigos publicados nesta são dos autores, com direitos de primeira publicação para a REALIS. Todo o conteúdo da revista, com exceção de casos especificamente declarados, é licenciado sob a Creative Commons CC Atribuição Não Comercial 4.0 Internacional. Devido à política de acesso aberto da Revista, todos os artigos são gratuitos e livres para uso, com atribuição apropriada, para fins educacionais e não-comerciais.